

# ¿ALGUIEN RECUERDA LA BAUHAUS?

Artículo publicado por “Estructurando”

Colección documentos técnicos.

## ¿Alguien recuerda la BAUHAUS?

---

*“La voluntad de limpieza, claridad y generosidad ha alcanzado aquí una victoria. A través de los grandes ventanales se puede ver, ya desde fuera, a la gente trabajando y al que descansa en privado. Cada detalle muestra su construcción, no se oculta ningún tornillo, ningún arte de cincelado esconde la materia prima. Uno está tentado de valorar esta sinceridad en términos morales”.*

Ésta era la impresión de Rudolf Arnheim, el conocido psicólogo y filósofo gestáltico, sobre el edificio de la Bauhaus de Dessau, recogido en el libro Bauhaus de Magdalena Droste.



La Bauhaus fue una Escuela de Arte, Arquitectura y Diseño que se fundó en 1919 por el arquitecto, urbanista y diseñador de origen germano Walter Gropius. La palabra Bauhaus proviene de los términos Bau (Edificio) y Haus (Casa). Es decir, algo así como “casa de la arquitectura” o “casa de los constructores”. Construir significaba para Gropius una actividad social, intelectual y simbólica y, para ello, utilizó el arte como respuesta a las necesidades de la sociedad de su época interpretando los esquemas propuestos anteriormente por William Morris y el movimiento Arts & Crafts.

En el momento de su creación los objetivos de la escuela, definidos directamente por el propio Gropius en el Manifiesto de Fundación, consistían en: “...La recuperación de los métodos artesanales en la actividad constructiva, elevar la potencia artesana al mismo nivel que las Bellas Artes e intentar comercializar los productos que, integrados en la producción industrial, se convertirían en objetos de consumo asequibles para el gran público”.

Resulta particularmente importante analizar todo lo que Gropius señala porque, de forma programática, indica que quiere recuperar los métodos artesanales pero no como

reminiscencia de un pasado que ya no volverá, sino aprovechando la ineludible capacidad industrial. Se asume que se debe humanizar la industria, que ésta va a constituirse en el gran instrumento para conseguir acercar el diseño a todo tipo de personas y no exclusivamente a la aristocracia o a la alta burguesía. Es decir, no se niega la industria sino que se aprovecha conscientemente para socializar y vulgarizar, entendido como proceso de acercamiento al público en general, la producción en serie de elementos de diseño.



De esta manera, al unir la Escuela de Bellas Artes con la Escuela de Artes Aplicadas, el nuevo centro docente se configuró como la primera Escuela de Diseño del mundo, diseño entendido desde una perspectiva de conjunto, desde una visión holística del problema absoluto.

Sí que es cierto que famosos estudiantes de la Bauhaus, como Marcel Breuer o Joost Schmidt, alcanzaron éxito como diseñadores industriales pero no es menos cierto que, como Gropius argumentaba, recibieron una formación global que les permitía enfrentarse al problema independientemente de la disciplina requerida. Los alumnos terminaban el período académico con una formación muy completa sabiendo dibujar, modelar, fotografiar y diseñar muebles o edificios. La escuela disponía de talleres de ebanistería, teatro, cerámica, tejido, encuadernación o vidriería. Y en esos talleres se introducían los conceptos pictóricos, escultóricos e incluso los arquitectónicos. Grandes maestros pasaron por las aulas de la Bauhaus e incluso vivieron en edificios específicos (pequeñas joyas de la incipiente arquitectura moderna) destinados a ellos: Wassily Kandinsky, Paul Klee, Theo Van Doesburg, László Moholy-Nagy, etc. Además de Walter Gropius y de Ludwig Mies van der Rohe, que fueron respectivamente el primer y último director del centro.



La Bauhaus supuso una ruptura completa con la docencia tradicional de las artes y oficios, puesto que siempre habían sido entendidas (todavía hoy se delimitan ambas cuestiones) de forma separada. Gropius apostaba por un modelo biunívoco consistente en, por decirlo de alguna manera, “artesanizar la industria” y en “industrializar la artesanía”; pero no de forma espuria y artificiosa sino tras arduos procesos de entendimiento de los materiales, de las posibilidades, de las interrelaciones... No se negaban las inmensas posibilidades de la industria para permitir el desarrollo de la sociedad, al contrario, se pretendían aprovechar. Pero de una forma controlada y plenamente consciente.

Como transfondo de toda la actividad de la Bauhaus subyacía el propósito de mejorar las condiciones de vida de la sociedad a través del diseño entendido como mecanismo conciliador de la actividad social, intelectual y simbólica. Y eso sólo podía llevarse a la práctica siendo plenamente consciente de la realidad tecnológica e industrial del momento.

Casi 100 años después del Manifiesto, en la época actual, resulta perfectamente factible plantear cualquier tipo de construcción de manera industrial. Precisamente esta industrialización permite disminuir los costes asociados, mejorar las condiciones de trabajo, en definitiva acercar el buen diseño a la sociedad que lo paga dentro de una razonabilidad de costes. Si nos damos cuenta es la misma circunstancia que expresaba Walter Gropius en el documento fundacional, una aproximación pretendidamente objetiva al hecho de construir.

Obviamente esta argumentación es directamente aplicable al ámbito de la ingeniería, y, consecuentemente, a la ingeniería estructural. Parece evidente que históricamente la ingeniería siempre ha apostado por esa racionalización de los recursos disponibles, una cierta responsabilidad social que se estima que debe ser necesariamente demandada. Pero en ciertas ocasiones los ingenieros aprovechan determinadas circunstancias para poner en práctica lo que, en teoría, ellos mismos se habían vetado con anterioridad. En definitiva, se pueden aprovechar los ideales originarios de la Bauhaus para tratar de crear buenos diseños sociales, puesto que el receptor de la obra de ingeniería es la misma sociedad, la colectividad a la que pertenecemos. Resulta necesaria la autocrítica, pero entendida como un conjunto de argumentos lógicamente planteados y no como un lenguaje cifrado sólo apto para iniciados y con el que, tras un análisis muy somero, es evidente que el único objetivo es introducir la diferenciación tras un velo de falsa exclusividad. El momento actual exige un cierto código deontológico, una ética personal del trabajo, en definitiva responsabilidad social y concreción de objetivos.

Sí, efectivamente vivimos una época de contrastes. En la sociedad del bienestar colectivo aparece una necesidad incontenible de exaltación de la individualidad. En el contexto más cercano posible las numerosas marcas comerciales tratan de ayudar a que se produzca esa, según parece, obligada caracterización específica. La ropa, los relojes, los coches, por citar sólo algunos, son varios de los símbolos que permiten desarrollar la iconografía requerida, que es entendida exclusivamente como medio para subrayar la diferencia. Como es lógico los ámbitos de la arquitectura y de la ingeniería no podían ser una excepción. Zaragoza deslumbra en el photocall vistiendo un Hadid, de la misma forma

que Bilbao conduce un Gehry o Madrid exhibe su cotizado Herzog y de Meuron. Pero no sólo podemos circunscribirnos al ámbito de la arquitectura.

¿Y en ingeniería estructural? Existen puentes que han sido conscientemente diseñados como icónicos, es decir como encarnación de los valores que el país, región o ciudad han querido transmitir al resto del mundo. En definitiva como rasgos diferenciadores. El problema técnico objetivo (es decir la ingeniería) se ha diluido en una más que dudosa voluntad de autoafirmación y habitualmente con resultados, al menos, dudosos.



Este modelo resulta caduco y obsoleto, incluso denota un cierto paletismo. Un modelo que no resulta sostenible porque no está basado en el profundo respeto y coherencia con la sociedad en la que se debe enmarcar. Es necesario, ahora más que nunca, plantear otra forma de desarrollar el trabajo, otra forma de interpretar la vida y de desarrollar la ética profesional con responsabilidad.



Gropius y sus compañeros, mostraron un camino posible hace 100 años. Evidentemente no podemos retroceder en el tiempo, pero sí que debemos revisar experiencias pretéritas y analizar los éxitos y fracasos asociados para reinterpretar y contextualizar nuestros diseños actuales. Y dado que los planteamientos expresamente objetivos deben formar parte del ADN de cualquier obra de ingeniería quizás, y sólo quizás, podamos extraer alguna conclusión sobre el experimento Bauhaus.

La tecnología y la industria están definitivamente de nuestro lado, pero no para plantear acertijos imposibles sino para conseguir realidades socialmente coherentes.